

SOBRE LA PRODUCCIÓN DE LA CRÍTICA

Juan Pedro García del Campo

Aunque pueda quererse otra cosa desde los lenguajes de la normalidad, en materialista resulta casi una obviedad señalar que lo actuado se mide por sus efectos. Resulta una obviedad, igualmente, decir que todo cuanto acaece... sucede por alguna(s) causa(s)... en un proceso en el que lo acaecido es generado como resultado o "producto".

En materialista, por eso, hablar de la crítica tiene que ser, precisamente, poner el acento en su materialidad: en su producción y en sus efectos; medir su consistencia en términos de eficacia.

A alguien quizá le pueda parecer que presentar las cosas de este modo es plantearlas innecesariamente en un espacio incómodo y muy distinto del habitualmente recorrido; sin embargo, no es un planteamiento novedoso; para la incomodidad sólo hay un motivo: este tratamiento fue ya claramente recorrido en la tradición comunista del siglo XX.

La consistencia de la Ideología y la función de la crítica

Sin excluir, por tanto, otras perspectivas de análisis, en lo que sigue, la crítica no será considerada como la "actuación-de-un-crítico" (de un intelectual o de un artista) sino como el efecto producido por una actuación (ya sea ésta singular o articulada en una estrategia, ya sea promovida de manera individual o colectiva). Entenderemos la crítica –y es la única "novedad" que aquí podrá leerse-, no como actuación sino como resultado, no como acción sino como efecto.

Pero para abordar la problemática de la crítica con la vista puesta en sus efectos, merece la pena dejar al margen por un momento la cuestión subjetiva o "moral" de la pureza del crítico o la de la radicalidad de la "posición" que manifiesta. Esta propedéutica, quede claro, no excluye la importancia de la intencionalidad ni, mucho menos, de la posición que, para intervenir, se adopta. Se limita a señalar la existencia

de una materialidad objetiva que, olvidada muchas veces para el análisis, constituye "el sitio" desde el que cualquier subjetividad y cualquier posición producen efectos, desde el que cualquier actuación puede ser considerada.

Diremos entonces: la crítica, como la sumisión, es un efecto; el resultado (el producto) de una actuación, de una pluralidad de actuaciones o de una estrategia de actuación bien articulada. Este paralelismo, además, tiene que ser prolongado en un sentido más amplio: la textura y la materialidad del efecto-crítica tiene una consistencia totalmente equivalente a la que tiene la sumisión misma. Porque, en efecto, también la sumisión es un efecto producido... que no se desarticula con un simple "señalamiento" (y por eso el simple señalamiento –de la sumisión, de la explotación... de la barbarie-, en sí mismo, es particularmente inútil como instrumento crítico).

El asunto se entenderá mejor –eso espero- si de entrada mostramos lo conveniente que resulta alejarse de lugares comunes adoptados como supuesta evidencia de forma más o menos ingenua. A modo de ejemplo, me referiré a uno de esos lugares comunes, ampliamente utilizado, a partir de la narración del famoso cuento del rey desnudo: se recordará cómo en él bastaba la simpleza de la palabra infantil (los niños y los locos, según el popular *dictum*, dirían siempre la verdad), el señalamiento -la identificación y la comunicación- de la farsa, para hacer la verdad evidente y desmontar el engaño. Desde la "evidencia" de ese lugar común, bastaría con decir la verdad, con gritar "el rey está desnudo", para borrar de un plumazo todo el peso de un acuerdo social en virtud del cual nadie discute que el rey lleva puesto el más maravilloso traje. Podemos, además de éste, aducir otros muchos ejemplos de lo mismo.

Es cierto que muchas veces "no sabemos" lo que está sucediendo (a nuestro alrededor o respecto de un determinado asunto concreto), y que es preciso "saberlo" para poder siquiera adoptar una posición; pero

cometeríamos un error imperdonable si pensásemos que, puestos a la tarea del conocimiento, con ese “saber” basta. Muchos desposeídos del magreb o del África subsahariana piensan Europa como tierra de promisión y “no saben” que en territorio europeo se verán sometidos a dinámicas de explotación no muy diferentes de las que han generado su situación de extrema pobreza...; sin embargo, querrían llegar a Europa, del mismo modo, aunque “lo supieran” perfectamente... o incluso cuando ya “lo saben” sin ningún género de dudas. Lo que convierte a los desposeídos en carne de patera no es la ignorancia de una verdad que pudieran descubrir o les pudiera ser mostrada... sino la materialidad de un “Orden” en el que, además, en ciertas circunstancias (pero no en otras) tiene un sentido específico el desconocimiento de la explotación. Así, aunque sepamos que la tierra gira alrededor del sol, no podemos dejar de ver al sol “salir” por el este y “escondarse” por el oeste. Aunque sepamos que todo beneficio es plusvalor y explotación... si tenemos algún dinero que guardar (permítaseme la broma) buscamos el banco o el tipo de depósito que nos ofrezca “más intereses”.



El señalamiento de la verdad o la exigencia de su reconocimiento son, decimos, particularmente inútiles como instrumentos para el florecimiento de un mundo nuevo: porque la sumisión no ha sido generada mediante “la mentira” y, además, porque la sumisión no es un simple “desconocimiento” de la libertad posible sino, más bien, una imposibilidad práctica de

construirla en acto... advenida por la actuación de aparatos más o menos difusos y materialidades más o menos concretas que construyen a cada momento el orden de la sumisión como único orden posible. Digámoslos de una vez: el ensueño del decir-la-verdad como mejor manera de acabar-con-las-mentiras y, así, restituir la transparencia de la mirada... es una forma de pensar el trabajo crítico que tiene que ser desechada. Una ingenuidad (nada inocente) similar a la que despliegan tantas películas de éxito en las que basta con poner –preguntándole, simplemente- al culpable ante la urgencia de la verdad (“¿ordenó usted el código rojo?”) para que su persistencia en la mentira se desplome. No: el señalamiento de la falsedad (de la mentira o del simple error) no basta porque la “afirmación-de-la-verdad”, por si misma, no termina con su eficacia. Y esto es algo que en el ámbito de la filosofía se ha trabajado ampliamente: por no ir más lejos del universo moderno del que somos herederos, en el XVII Spinoza ya señalaba que el conocimiento de la verdad no basta para terminar con la capacidad productiva del error. Por mucho que sepamos del tamaño del sol, señalaba, no dejaremos de verlo como si tu-

viera el tamaño de una moneda y se encontrase a una distancia de varios cientos de metros sobre nuestras cabezas.

En materialista, lo que realmente nos interesa respecto del “error” es, precisamente, esa capacidad productiva de realidad que le es propia, su “no-ser-simplemente-error-o-mentira”. Lo importante, dicho de otra forma, es que en la crítica no tenemos que vérnoslas con “error” alguno (ni falsedad ni engaño) sino con un Orden que articula socialmente la explotación y el sometimiento.

La noción de “ideología” es, precisamente, la categoría que nos permite situarnos ante esta peculiar perspectiva. Para situar el asunto de manera al tiempo clara y sencilla, conviene quizá atender a la virtualidad que incorporó su uso en el conjunto de problemáticas en cuya consideración se forjó. La de-

fensa ilustrada de la razón y la consiguiente crítica de la barbarie se sustentó, como es sabido, en la identificación de la religión como el instrumento con el que se lograba imponer la obediencia y el no cuestionamiento de un orden social explícitamente jerarquizado. Los ilustrados, desde el supuesto de la transparencia de las relaciones sociales (heredado en buena

medida por algunas tradiciones anarquistas), tomaron al dogma religioso como objeto privilegiado de la crítica y tomaron a los curas como agentes conscientes de un Orden que sustentaban en la mentira. Así, sustituyendo el dogma por la razón, “señalando la mentira” y “mostrando la verdad”, pretendían deshacer el nudo gordiano del sometimiento. Por eso pareció convertirse en consigna la necesidad de desmantelar el clero (las expulsiones de jesuitas, identificados como teóricos y principales valedores de la manipulación masiva fueron un elemento muchas veces imprescindible para la construcción del Estado burgués) y por eso los artículos y las viñetas de los principales pasquines revolucionarios mostraban a los curas conspirando y tramando falsedades que “perpetuaran el oscurantismo”: la figura del cura como conspirador y como mentiroso profesional hizo fortuna (algo parecido a lo que tantas veces ahora vemos respecto de la figura del periodista). Las construcciones imaginarias de la ideología religiosa (o del resto de las ideologías filosóficas) son entendidas por los autores de la ilustración con la misma falta de consistencia con que es entendido, por ejemplo, el sueño en las ideologías psicológicas pre-freudianas, como sueños que sólo pueden ser sueños y que con ser puramente sueños tienen ya bastante: puro vacío referencial. En último término, el famoso “atrévete a pensar” kantiano, en tanto que “señalamiento” de carencia y apertura de perspectiva “iluminadora”, no es totalmente ajeno a esta “apuesta salvadora”: pensar-por-uno-mismo como camino para alcanzar la “mayoría de edad”.

Desde el Marx de *El Capital* (al menos desde *El Capital*, ya que no tan clara y definitivamente en *La ideología alemana*) sabemos que la ideología es otra cosa y que cumple una función bastante más compleja y decisiva que la del mero engaño.

Al igual que el sueño en el psicoanálisis, en la obra de Marx la ideología adquiere un sentido específico no ya como mera ilusión sino como discurso generador de toda ilusión posible: como representación de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia, lo que implica la conversión también imaginaria del individuo en sujeto (imaginario) de una realidad social que, de hecho, es la expresión de un Orden al que todo acto individual está sujeto. Ilusión productiva donde las haya: cuando el sujeto –aquel del que todo depende... puesto que, siendo sujeto, todo es obra suya- se encuentra de frente con una realidad social sobre la que –siendo supuestamente efecto suyo- no tiene ninguna capacidad de actuación, sólo puede enfrentarse a ella como

“naturaleza”; espesura “naturalizada” como el Ser que es y no puede no ser, como única realidad posible, aquella que, como decía Parménides, es ingenerada e imperecedera, aquella que no cambia ni puede ser cambiada: redonda y total (global), perfecta.

Aunque por vías diferentes y con diferentes matices, Antonio Gramsci y Louis Althusser han mostrado hasta qué punto la ideología no sólo es generación de ilusión (de una ilusión muy determinada) sino, además, efecto de una práctica productiva de la que es resultado; una práctica que se sustenta en el trabajo de un gran variedad de instrumentos que lo son... sin siquiera parecerlo: aquellos que construyen el imaginario individual y colectivo, el saber y el no-saber, el estar, el mostrarse, el entender, el admitir, el atender y el atenerse, el esperar y el aparecer.

Son, sin duda, en cada uno de los estados nacionales que forman la Economía-Mundo, una decena de emisoras de radio de ámbito nacional y muchas más de espectro local, tres o cuatro cadenas de televisión, estatales o privadas, ya sean de ámbito nacional o local, alrededor de media decena de diarios escritos de tirada nacional y otras tantos de carácter local. Pero son también las varias publicaciones semanales especializadas en temas variados que abarcan desde la crónica cultural hasta la prensa “rosa” o “amarilla”, y son sobre todo, los miles de colegios, escuelas, liceos y universidades, públicos o privados, los centenares de miles de amorosos padres y amantísimas madres, los centenares de miles de hijos, de hermanos o de vecinos, los millares de educadores, de curas, de agentes de seguros, de periodistas, los centenares de peluqueros, de dentistas, de carniceros, panaderos, comerciales de compañías de seguros, trabajadores de banca, taxistas o agentes inmobiliarios, los taquilleros del cine, los que arreglan los semáforos, los pintores, los camareros, los oficinistas, los opinadores, las abuelitas, los artistas de variado tipo, los tristes, los alegres, los policías, los guionistas de televisión y los novelistas, los que contribuyen –sin necesidad de mentir o engañar a nadie... viviendo “simplemente” en la naturalización de su modo de vida- a formar la evidencia de que “esto es lo que hay”, de que “las cosas son así”, de que además no tienen porqué ser de otro modo y de que, cualquier otro modo de ser posible... puede resumirse en una pequeña variación del natural modo de ser que la realidad presenta o, finalmente, volverá a la normalidad de “lo-que-hay” por la fatalidad de una ley que supuestamente rige la naturaleza humana (¡ah, jóvenes y ardorosos! ¡Es normal que quieran cambiar el mundo... pero ya sentarán la cabeza!

¿Quién no ha oído mil veces algo parecido?).

Este “complejo-simbólico-vivencial” que hay que entender en un marco de articulación de las relaciones sociales que incluye explotación, hipotecas, sueldos escasos, paro y humillación continuada, funciona cada uno de los 86.400 segundos que tiene cada uno de los 365 días que forman un año... durante todos y cada uno de los años que dura una vida. Es a esto –y no a otra cosa- a lo que Althusser consideraba Aparatos Ideológicos de Estado, los que naturalizan la relación social del capitalismo globalizado y que conforman la uniformidad del modo de la mirada obediente: la Hegemonía de la que hablaba Gramsci. Una hegemonía que incluye la más amplia diversidad de voces y de acentos. Naturalización del orden como Orden y afirmación del ser como Ser, como Absoluto. Consistencia autoreferencial y (auto)fundante de la Ideología: no una mentira frente a la que enfrentarse con verdad alguna.

Es con esa consistencia de la Ideología cotidianamente-construida-y-re-construida con lo que tiene que vérselas la crítica. Con ella propiamente, si es que tenemos la vista puesta en la eficacia de la actuación y en sus efectos... y no en la mera “satisfacción-ética-omoral” del sujeto-intelectual o del sujeto-artista tan querida al pensamiento de la subjetividad libre. Y contra ella, el “señalamiento” de la verdad, por sí mismo... puede poco o nada.

La crítica, el efecto-crítica, es la puesta al margen del efecto-sumisión que la Ideología conforma y que en ella toma cuerpo. Y se da eficazmente (en acto) si adquiere la misma consistencia que despliega el complejo ideológico (porque, en último término, como es claro, es una forma de reconocimiento imaginario tan ideológica como aquella a la que se enfrenta). Desde esta fijación de principios una actuación o una obra concreta es “crítica” si se inserta en esa “corriente”, si participa en la construcción del efecto, si lo produce en cierto modo (en la medida de sus posibilidades); y no lo es si conduce al efecto contrario... o si, con el pretexto de construirlo construye más bien la fama, el éxito... o el “nombre” del sujeto que se atribuye su autoría. Hay, es decir, artistas y/o intelectuales “críticos” a partir de la me-



didada de su obra... pero nunca una obra es crítica o “de-izquierdas” por el nombre de su autor o por su pasado (ni por los temas que aborde, ni por los fantasmas que la recorran): pretender otra cosa es sólo diseñar nuevas “marcas” que funcionen en el espectáculo, nuevos mecanismos de los que los A.I.E. puedan sacar partido.

La crítica y sus medios de producción. Medios de producción para la crítica

Es duro pensar la soledad y anticipar la derrota: saber la limitación de las fuerzas y darla por descontada..., pero ante la sobreabundancia de dominio desde la que el tardocapitalismo globalizado parece finalmente tener al alcance de la mano su sueño de Orden (sobreabundancia simbólico-ideológica del entramado vivencial que articula la naturalidad de lo que hay para la mirada), ante la consistencia del efecto-sumisión, no caben medias tintas: o rendirse... o dar la batalla (y cualquier posición intermedia adquiere ya la categoría de infamia).

Del mismo modo que para garantizar la supervivencia (¡para garantizar la supervivencia!: estamos ya en ese punto... rozando el límite del no-retorno) es precisa una transformación que desmonte esta física social edificada sobre el beneficio y la explotación... y que la sustituya por otra cuyos cimientos sean la coopera-

ción, la propiedad común y la comunidad sin mediaciones (el comunismo, en una palabra), frente al efecto-sumisión -y es ésta también una exigencia que tiene que ver con la supervivencia... además de con la dignidad y la bonhomía- es preciso trabajar para construir la hegemonía del efecto-crítica (sobreabundancia posible del deseo de liberación que naturalice la necesidad imperiosa de terminar con toda explotación y todo dominio: uno de los momentos de la liberación en acto, prefigurándola o acompañándola; inseparable, en todo caso de la efectiva construcción práctica de la resistencia a la explotación), y hacerlo con cada mirada y con cada palabra, con cada respiración y con cada caricia.

Medios de producción (instrumentos adecuados) para hacer evidente y urgente (perentoria) la necesidad de recopular la vida: para construir el reverso del efecto-sumisión en el que -elemento de la física del capitalismo globalizado- vivimos. Pero si, como venimos insistiendo, es el reverso de un espacio que se construye y reconstruye cotidianamente... será también (habrá de serlo) un espacio que cotidianamente se construya y reconstruya. Así, desde una consideración puramente material de la dinámica productiva, diremos que nuestro problema es el de la identificación y el control de los instrumentos que permitirán la construcción de la hegemonía del "efecto-crítica".

Construir la hegemonía del efecto-crítica o, en todo caso -porque la rendición no puede ser considerada como alternativa: es sólo otro de los nombres de la muerte-, en ausencia de medios eficaces para levantarla, actuar a cada momento como si esa construcción fuera posible.

Consideración puramente material de la dinámica productiva: no se trata de "mostrar" verdad alguna ni de evidenciar falsedades o engaños. No tenemos que habérnoslas con reyes desnudos sino con los Aparatos Ideológicos de "lo-que-hay" que (re)generan a cada paso la Hegemonía del Mercado-Estado (ahora) globalizado y postmoderno. Frente a esos Aparatos, perfectamente materiales, no podemos simplemente movilizar la "verdad" del reconocimiento: se hace imprescindible movilizar "una fuerza igual y de sentido contrario", una materialidad igualmente potente,

que contrarreste su potencia y la supere hasta generar su inversión completa.

Los medios de producción de la crítica, por eso, no pueden ser sólo los del "señalamiento" los denominados "medios de comunicación" o las formas de producción intelectual y/o artística: todos los elementos que intervienen en la producción simbólica de "maneras de mirar y entender el mundo", todos los constructores-de-subjetividad están convocados. Conviene recordarlo porque del olvido de esta evidencia procede buena parte de nuestra debilidad presente: hemos dejado al Capital -para su uso y disfrute- unos instrumentos que, por ignorancia o desidia, habíamos considerado "neutrales". No es fábula (por otra parte, nada es sólo fábula, ni siquiera la literatura: menos que nada la literatura) lo que escribía más arriba al señalar que los instrumentos del sometimiento lo son... sin siquiera parecerlo, porque son todos aquellos que construyen "el imaginario individual y colectivo, el saber y el no-saber, el estar, el mostrarse, el entender, el admitir, el atender y el atenerse, el esperar y el aparecer". Dimos por hecho que "la cultura es de izquierdas"... y la dejamos en sus manos; dimos por hecho que "la educación es de izquierdas"... y la dejamos en sus manos; dimos por hecho que "la solidaridad es de izquierdas"... y la dejamos en sus manos; dimos por hecho que "el pro-



greso es de izquierdas”... y los dejamos en sus manos; dimos por hecho que “el Estado es incompatible con el Mercado”, que “las conquistas sociales son irreversibles”, que “las cuestiones privadas son sólo privadas”... y así nos va. En el juego perverso del desconocimiento del papel performativo de la producción simbólica... al que muchas de nuestras organizaciones jugaron... y que muchos de nuestros intelectuales y artistas -en nombre del Arte y de la Libertad Creadora- dieron por buena, dejamos para el Capital los instrumentos de construcción de la subjetividad y la socialidad... y el Capital ha construido socialidad sometida y subjetividad enferma.

No es sólo que nuestras organizaciones no se ocupen de esas cosas; parece también que el trabajo militante -con excepciones gloriosas... que no dejan de ser excepcionales- ha abandonado la cooperación, la solidaridad y el apoyo mutuo (ese que Kropotkin consideraba pieza fundamental de la solidaridad de clase) en manos de organizaciones (gubernamentales o no) cuyo papel efectivo en la dinámica de la Economía-mundo habrá que abordar claramente más pronto que tarde. En buena medida el trabajo militante ha abandonado incluso la escuela: en todo caso defensa programática de la laicidad, en todo caso defensa de la titularidad pública de los centros de enseñanza..., pero poco o nada de la función socializadora y articuladora de subjetividad que es su primera y principal potencia. Parece que bastase... con reivindicar la -al parecer “neutra”- intervención del Estado. Y sin embargo, como del sometimiento, la escuela, la cooperación, la solidaridad... son instrumentos de producción de la crítica. Más precisamente, pueden serlo: ahora nos son ajenos.

Es impensable la construcción de la Hegemonía del efecto-crítica si renunciamos de entrada a los instrumentos que constituyen la identidad y configuran la mirada: si renunciamos a la solidaridad y la ayuda mutua, o si renunciamos a la escuela... pero también si renunciamos a visibilizar una relaciones interpersonales que son posibles sin la mediación de la relación mercantil. Resulta sorprendente hasta qué punto la revolución de las formas de convivencia (y no sólo de las relaciones sexuales, familiares o de género) que se fraguó en las luchas de la segunda mitad del siglo XX ha terminado en el baúl de las cosas inservibles. Y sin embargo, las formas de convivencia son también instrumentos de producción de la crítica... o pueden serlo. Lo son -o pueden serlo- todos los Aparatos en los que se juega la naturalización (la aceptación como evidencia) de “lo-que-hay”. Todos los campos en los que la subjetividad está en cues-

ción... y que no son espacios neutrales ni neutros: están recorridos por dinámicas performativas y, como decía Althusser, “atravesados” por la lucha de clases.

Me permitiré insistir sobre esta cuestión que me parece tan importante como olvidada: en el universo de la producción simbólica no hay -como no lo hay en las fábricas- espacios neutrales. Están todos atravesados por líneas de subjetividad, por agenciamientos del mundo que nunca son -no pueden serlo, pues toda subjetividad es construida- transparentes. Nunca son “neutrales” las relaciones sociales ni las maneras subjetivas en que nos las representamos; no son neutrales las valoraciones ni es neutral la ideología. E insisto en ello porque no veo mejor forma de abordar con claridad la cuestión de la producción directa y eminentemente simbólica que llevan a cabo los “pensadores” y los “artistas”.

Si los periodistas se han auto-otorgado el título de “formadores de opinión”, los artistas son los verdaderos forjadores de imaginario. ¡Y muchos de ellos -casi todos, para qué vamos a engañarnos- pretenden, buenamente, ser neutrales o, en todo caso, que su “compromiso” es algo “personal” que nada tiene que ver con la materialidad de su obra!

Brecht recordaba a los artistas e intelectuales, a los críticos, la exigencia de situarse en las condiciones de producción. Olvidaba, sin embargo, que la producción simbólica es producción y es inseparable de las condiciones que la hacen posible: los intelectuales y los artistas, lo quieran o no -y quizá más cuanto menos lo quieran- son *siempre-ya* máquinas de producir miradas, instrumentos de un determinado mecanismo productivo. No es tanto que el crítico, el intelectual o el artista tengan que situar su obra en las condiciones de producción como que, situados en ellas, tienen que ser consciente del sentido de esa situación y de sus efectos: tienen que elegir, en el conflicto por la mirada que articula y sella la construcción del imaginario colectivo, cual será la dirección que darán a su trabajo. El trabajo simbólico genera imaginario: genera, generando identidad, efecto-sumisión o efecto-crítica. Y sus instrumentos son otros tantos medios de producción de la sumisión... o de la crítica.

Son muy pocos, sin embargo, los implicados en este tipo de producción que aceptan llevar la exigencia de opción hasta sus últimas consecuencias, los que están dispuestos a ser continuamente excluidos de los diversos parnasos en los que pretende florecer el Arte

(un “arte” que se empeña en que necesita llevar mayúsculas). Lo hicieron muchos de los mejores artistas del siglo XX... y hoy apenas hay quien lo haga. Ninguna crítica parece hoy ser más dolorosa -de ninguna huyen más los llamados “artistas-comprometidos”- que la que califica una obra como “panfleto”. Antonio Orihuela ha escrito de manera muy explícita sobre la exigencia de una *voz común* que, desplegada al margen de las imposiciones del Canon o de las exigencias del Espectáculo sea instrumento para *reocupar la vida...* y algunos escritores han querido hacerse eco de la propuesta lanzada hace unos meses por Belén Gopegui (que lo hacía reformulando una exigencia brechtiana) en un sentido parecido... pero ninguna de las líneas de trabajo abiertas en esa dirección muestra perspectivas de tener largo recorrido (salvo, quizá, el de inducir algún éxito de ventas que nada tiene que ver con la cuestión que abordamos).



El efecto-crítica no deviene realidad por generación espontánea. El efecto-crítica, como el efecto-sumisión del que es “reverso” sólo puede pensarse como resultado de un proceso en el que se genera o “produce”, como el fruto de un “trabajo” que tiene que ser hecho.

Todo esto es cierto... y tiene que ser dicho. En la batalla de la crítica *todos* (desde los militantes hasta los intelectuales y los artistas) tenemos una responsabilidad que asumir... y tenemos que asumirla. No podemos, por más tiempo, hacer como que el cambio es imposible o como que no va con nosotros, o como que hay otros que son más responsables o pueden hacer más cosas: para vivir de otro modo... hay que vivir de otro modo. Todo eso es cierto... y tiene que ser dicho. ¡Que cada palo aguante su vela! Pero nada sería más falso que sugerir que la sumisión tenga que ser enfrentada desde posiciones personales: sería peor que falso, una reedición de la peor moralina burguesa.

Nada sería más interesadamente erróneo que dar por buena esa “mitología de la omnipotencia subjetiva” que sostiene que nos movemos en el terreno del posicionamiento individual o subjetivo, del compromiso personal o de la actuación moral. Nada sería más interesadamente falseador, porque estaría enmascarando nuevamente la vertiente constructora de lazo social que lo imaginario comporta necesariamente:

la producción de “miradas críticas” es imposible sin una visibilización de su propia existencia y de sus efectos parciales.

Y ese papel es el que verdaderamente tienen los medios de comunicación a los efectos críticos. Al principio de este texto insistía en la inoperancia del “señalamiento” de la verdad como instrumento crítico y, ciertamente, al hacerlo, ponía al margen ese prejuicio que muchos militantes tienen contra el trabajo de la prensa. La cuestión no es, decíamos, decir la verdad... la cuestión no es que los media nos engañen. Pero eso no elimina la importancia de los medios de comunicación en relación con la construcción del efecto-sumisión: matiza, simplemente, el papel que cumplen. La verdadera cuestión respecto de la prensa no es la de la veracidad (aunque la veracidad pueda también estar en cuestión innumerables veces) sino la de la relación visibilidad/invisibilidad que su actividad establece y fija, la tarea de criba que ejerce sobre las formas posibles de la mirada (en los distintos medios de comunicación...o incluso en diferentes páginas de uno de ellos se pueden presentar, sin ningún problema, dos, tres, cuatro posiciones diferentes sobre un mismo asunto... vendiendo la impresión -y esto es lo más importante- de haber agotado todas las posibilidades interpretativas y, precisamente por hacerlo así, eliminar cualquier otra forma de mirada: basta con elegir bien a los columnistas o los contertulios).

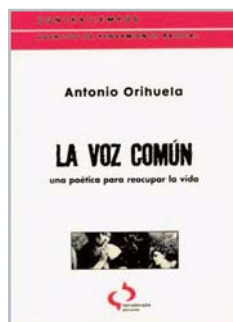
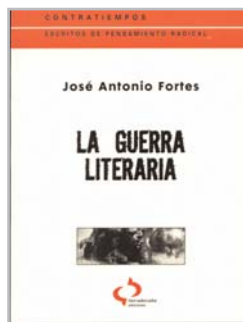
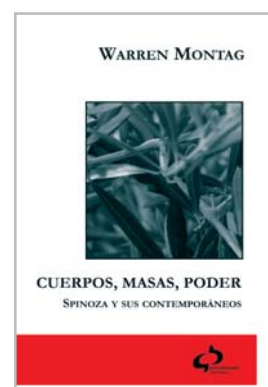
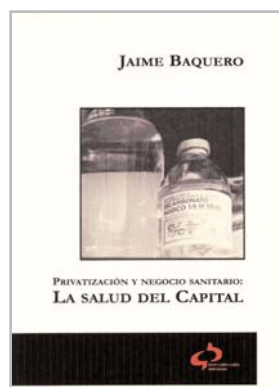
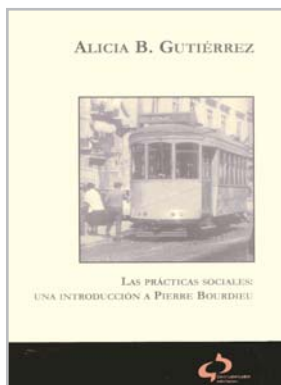
Y esos medios de comunicación que -medios de producción ideológica, Aparatos Ideológicos de Estado- fijan las formas de mirada posibles... son propiedad privada, al servicio del beneficio y de la naturalización de lo-que-hay.

Nada sería más erróneo (y estúpido) que pensar que dos o tres emisoras de radio, dos o tres emisoras locales de televisión, dos o tres periódicos o revistas... que incluso a veces son utilizados como chiringuito personal por algunos colectivos o individuos... pueden competir con la potencia visibilizadora de las grandes industrias de la palabra y la imagen. Nada más simple y más equivocado que cantar las grandezas de las nuevas condiciones técnicas (las posibilidades de internet, por ejemplo, los famosos blogs o bitácoras, las facilidades que permiten los ordenadores o la cámaras digitales...) como si supusieran, por sí mismas, el final del monopolio de la visibilidad, su utilización privada y -lo que es más importante- política. Eso es lo que quisieran, además, los propietarios

de las grandes rotativas, de las grandes empresas editoriales, de los grandes emporios mediáticos.

Respecto del trabajo de la crítica, no estamos ante una cuestión moral (aunque sí ante un asunto que exige trabajo y militancia). Como en todo lo demás: producir el efecto-crítica implica controlar los medios con los que se produce. Construir instrumentos de visibilización de la mirada crítica es, por eso, una exigencia política de primer orden: no para decir la verdad, ni para competir con la CNN, sino para inundar con vida el mercado de la muerte.

Para construir el efecto-crítica, contra la sumisión, pero también contra la mitología de la subjetividad, necesidad de un trabajo político (colectivo, organizado) que tome en serio las exigencias del trabajo ideológico y que se articule -también- como un taller de miradas.



Tierradenadie ediciones publica libros que no son mercancías. Es un instrumento editorial que, en su organización misma, impide su conversión en maquinaria de producción de capital: en tierradenadie ediciones no hay beneficios privados. Los libros que publica construyen una crítica de la dominación y son herramientas para la transformación social.